

dijo que á todos habia dado indios, y que la ventura de cada uno era, que á unos cupieron buenos indios y á otros no tales, y que lo podrá emendar, pues para ello es venido, y los conquistadores son merecedores dello; y tambien le preguntó que qué era de los conquistadores que habia llevado á Honduras en su compañía, que cómo los dejaba allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta ó cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habían muerto indios, porque todos estaban muy malos; y así como lo dijeron salió verdad, como adelante diré; y que fuera bueno que, pues habian ganado aquella ciudad y la Nueva-España, que quedaran á gozar el provecho, y á los que habian nuevamente venido de Castilla aquellos llevara á conquistar y poblar; y preguntó por el capitán Luis Marin é por Bernal Díaz del Castillo y por ciertos soldados é los demás soldados que consigo llevó; é Cortés le respondió que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera á ir á tierras largas si no llevara soldados conocidos, y que presto vernian á aquella ciudad, porque ya deben de venir camino, y que en todo su merced les ayudase, y les diese buenas encomiendas de indios. Y tambien le dijo el licenciado Luis Ponce algo con palabras ásperas, que cómo habia ido contra el Cristóbal de Olí tan léjos y largos caminos sin tener licencia de su majestad, y dejar á Méjico en condicion de se perder. A esto respondió que como capitán general de su majestad, que le pareció que convenia aquello á su real servicio porque otros capitanes no se alzasen, y que dello hizo primero relacion á su majestad; y demás desto, le preguntó sobre la prision y desbarate de Narvaez, y de cómo se le perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió tan presto, y de cómo hizo embarcar á Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato; y Cortés á todo le respondió dándole razones muy buenas, de que Luis Ponce en algo parecia que quedaba contento; y todo esto que le preguntaba traia por memoria de Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habian dicho en el camino, y en Méjico le habian informado dello: y como á aquestas preguntas que he dicho estaba presente el fray Tomás Ortiz, como las hubieron acabado de decir, se fué Cortés á su posada, y secretamente apartó el fraile á tres conquistadores amigos de Cortés, y les dijo que Luis Ponce queria cortar la cabeza á Cortés, porque así lo traia mandado por su majestad, é á aquel efeto le habia preguntado lo sobredicho; y aun el mismo fraile otro dia muy de mañana de secreto se lo dijo á Cortés por estas palabras: « Señor capitán, por lo mucho que os quiero, y de mi oficio y religion es avisar en tales casos, hágoos, Señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de su majestad para os degollar.» Y cuando Cortés esto oyó, é habian pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo; y por otra parte le habian dicho que aquel fraile era de mala condicion y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que decia; y segun pareció, dijo el fraile aquellas palabras á Cortés á efeto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandado, y porque le diese por ello algunas barrás de

oro. Otras personas dijeron que el Luis Ponce lo dijo por metelle temor á Cortés é le echase rogadores que no le degollase; y como aquello sintió Cortés, respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrecimientos, y le dijo que antes tenia creído que su majestad, como cristianísimo rey, que le enviaria á hacer mercedes por sus muchos y buenos y leales servicios que siempre le hizo, y no se hallará deservicio ninguno que haya hecho; y que con esta confianza estaba, y que él tenia al señor Luis Ponce por persona que no saldria de lo que su majestad le mandaba; y como aquello oyó el fraile, y no le rogó que fuese su intercesor para con Luis Ponce, quedó confuso; y diré lo que mas pasó; porque Cortés jamás le dió ningunos dineros de lo que le habia prometido.

CAPITULO CXCHII.

Cómo el licenciado Luis Ponce, después que hubo presentado las reales provisiones y fué obedecido, mandó pregonar residencia contra Cortés é los que habian tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra y della falleció, y lo que mas le sucedió.

Después que hubo presentado Luis Ponce las reales provisiones, con mucho acato de Cortés y el cabildo y los demás conquistadores fué obedecido; mandó pregonar residencia general contra Cortés y contra los que habian tenido cargo de justicia y habian sido capitanes; y como muchas personas que no estaban bien con Cortés, é otros que tenian justicia sobre lo que pedian, qué priesa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos, que en toda la ciudad andaban pleitos; y las demandas que le ponian, unos que no les dió partes de oro, como era obligado, é otros le demandaban que no les dió indios, conforme á lo que su majestad mandaba, y que los dió á criados de su padre Martín Cortés y á otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla. Otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habian habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se les satisfizo por quedarse con el oro. Otros demandaban afrentas de sus personas, que por mandado de Cortés les habian hecho. Volvamos á nuestra residencia, que luego que se comenzó á tomar quiso nuestro Señor Jesucristo que por nuestros peccados y desdicha cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce, y fué desta manera, que viniendo del monasterio de señor san Francisco de oír misa, le dió una muy recia calentura, y echóse en la cama y estuvo cuatro dias amodorrado, sin tener el sentido que convenia, y todo lo mas del dia y de la noche era dormir; y como aquello vieron los médicos que le curaban, que se decian el licenciado Pedro Lopez y el doctor Ojeda y otro médico que él traia de Castilla, todos á una les pareció que se confesase y recibiese los santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad; y después de recibidos con gran humildad y contricion, hizo testamento, y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Márkos de Aguilar, que habia traído consigo desde la Española. Otros dijeron que era bachiller, y no licenciado, y que no tenia autoridad para mandar; y dejóle el poder desta manera: que todas las cosas de pleitos y debates y residencias, y la prision del factor y veedor, se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que su majestad fuese

sabidor de lo que pasaba, y que luego hiciese mensajeros en un navío á su majestad. Y ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno dia que cayó malo dió la ánima á nuestro Señor Jesucristo, y como hubo fallecido, fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores á una sintieron: como si fuera padre de todos, así lo lloraban, porque ciertamente él venia para remediar á los que hallase que derechamente habian servido á su majestad, y antes que muriese así lo suplicaba; y le hallaron en los capítulos é instrucciones que de su majestad traia, que diese de los mejores repartimientos de indios á los conquistadores, de manera que conociesen mejoría en todo; y Cortés, con todos los mas caballeros de la ciudad, se pusieron luto y le llevaron á enterrar con gran pompa á San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber: fué su enterramiento muy solene para en aquel tiempo. Oí decir á ciertos caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que, como Luis Ponce era músico y de suyo regocijado, por alegre le iban á tañer con una vigüela y á dar música, y que mandó que le tañesen una baja, y con los piés estando en la cama hacia sentido en la boca y los meneaba hasta acabarla, y acabada, perdió el habla, que fué todo uno. Pues como fué muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, oír el murmurar que en Méjico habia de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que así habia hecho al Francisco de Garay; é quien mas lo afirmaba era fray Tomás Ortiz, ya que venia por prior de ciertos frailes que traia en su compañía, que tambien murió de modorra el mismo prior de ahí á dos meses, él y otros frailes; y tambien quiero decir que pareció ser que en el navío en que vino el Luis Ponce, que dió pestilencia en ellos, porque á mas de cien personas que en él venian les dió modorra y dolencia, de que murieron en la mar, y después de desembarcados en la villa de Medellín murieron muchos dellos, y aun de los frailes quedaron muy pocos, y fué fama que aquella modorra cundió en Méjico.

CAPITULO CXCHIII.

Cómo después que murió el licenciado Ponce de Leon comenzó á gobernar el licenciado Márkos de Aguilar, y las contiendas que sobre ello hubo, y cómo el capitán Luis Marin con todos los que veniamos en su compañía topamos con Pedro de Albarado, que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros, porque estaba la tierra de guerra, por la poder pasar sin tanto peligro.

Segun que lo habia dejado en el testamento Luis Ponce, todos los mas conquistadores que estaban mal con Cortés quisieran que fuera la residencia adelante, como le habian comenzado á tomar; y Cortés dijo que no se podia entender en él, conforme al testamento de Luis Ponce; mas que si quisiera tomársela el Márkos de Aguilar, que fuesen mucho en buen hora; y habia otra contradiccion por parte del cabildo de Méjico, en que decian que no podia mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo, lo uno porque era muy viejo y caducaba, y estaba tullido de bubas y era de poco autoridad, y así lo mostraba en su persona, y no sabia las cosas de la tierra, ni tenia noticia della ni de las personas que tenian méritos; y que demás desto, que

no le ternian respeto ni le acatarian, y que seria bien que para que todos temiesen, y la justicia de su majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernacion á Cortés hasta que su majestad mandase otra cosa; y el Márkos de Aguilar dijo que no saldria poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que él solo habia de gobernar, y que si querian poner otro gobernador por fuerza que no hacian lo que su majestad mandaba; y demás desto que dijo Márkos de Aguilar, Cortés temió si otra cosa se hiciese, por mas palabras que le decian los procuradores de las ciudades y villas de la Nueva-España, que procurase de gobernar y que ellos atraerian con buenas palabras al Márkos de Aguilar para ello, pues que estaba claro que estaba muy doliente, y era servicio de Dios y de su majestad; y por mas que le decian á Cortés, nunca quiso tocar mas en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase; y aunque estaba tan doliente y ético, que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenia unas cabras, que tambien bebia leche dellas; y en aquella sazón se le murió un hijo que traia consigo, de modorra, segun y de la manera que murió Luis Ponce; dejaré esto hasta su tiempo, é quiero volver muy atrás de lo de mi relacion, é diré lo que el capitán Luis Marin hizo, que quedaba con toda su gente en Naco esperando respuesta de Sandoval para saber si Cortés era embarcado ó no, y nunca habiamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para hacer embarcar á Cortés que fuese á la Nueva-España, y que nos escribiria lo que sucediese, para que nos fuésemos con Luis Marin camino de Méjico; y puesto que escribió Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta, porque el Saavedra nunca nos quiso escribir, con malicia; y fué acordado por Luis Marin y por todos los que con él veniamos que con brevedad fuésemos soldados á caballo á Trujillo á saber de Cortés, y fué Francisco Marmolejo por nuestro capitán, é yo fuí uno de los diez, y fuimos por la tierra adentro de guerra hasta llegar á Olancho, que agora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nueva de dos españoles que estaban dolientes y de un negro, cómo Cortés era embarcado pocos dias habia con los caballeros y conquistadores que consigo traia, y que le envió á llamar la ciudad de Méjico, que todos los vecinos mejicanos estaban con voluntad de le servir, y que vino un fraile francisco por él, y que su primo de Cortés, Saavedra, quedaba por capitán cerca de allí en unos pueblos de guerra; de las cuales nuevas nos alegramos, y luego escribimos al capitán Saavedra con indios de aquel pueblo de Olancho, que estaba de paz, y en cuatro dias vino respuesta del Saavedra, y nos hizo relacion de algunas cosas, y dimos muchas gracias á Dios por ello, y á buenas jornadas volvimos donde Luis Marin estaba; y acuérdomos que tiramos piedras á la tierra que dejá-bamos atrás, y con la ayuda de Dios irémos á Méjico, é yendo por nuestras jornadas hallamos á Luis Marin en un pueblo que se dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Maniani, y hallamos en él á seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Albarado, que andaba en nuestra busca, y uno

dellos fué Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores desta ciudad de Guatemala, natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara; y cuando nos conocimos nos abrazamos los unos á los otros, y preguntando por su capitán Pedro de Albarado, dijeron que allí cerca venia con muchos caballeros, y que venian en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en Méjico, ya por mí dicho, y cómo habian enviado á llamar á Pedro de Albarado para que fuese gobernador, y la causa por qué no fué, segun he dicho en el capítulo que dello habla, fué por temor del factor; é yendo por nuestro camino, luego de ahí dos dias nos encontramos con el Pedro de Albarado y sus soldados, que fué junto á un pueblo que se dice la Choloteca Malalaca. Pues saber decir cómo se holgó en saber que Cortés era ido á Méjico, porque excusaba el trabajoso camino que habia de llevar en su busca, fué harto descanso para todos; y estando allí en el pueblo de la Choloteca, habian llegado en aquella sazón ciertos capitanes de Pedro Arias de Avila, que se decian Garabito y Campañon, y otros que no se me acuerdan los nombres, que, segun ellos decian, venian á descubrir tierras y á partir términos con el Pedro de Albarado; y como llegamos á aquel pueblo con el capitán Luis Marin, estuvimos juntos tres dias los de Pedro Arias y Pedro de Albarado y nosotros; y desde allí envié el Pedro de Albarado á un Gaspar Arias de Avila, vecino que fué de Guatemala, á tratar ciertos negocios con el gobernador Pedro Arias de Avila, é oí decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor de Pedro de Albarado. Y volviendo á nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedro Arias, y nosotros fuimos camino de Guatemala, y antes de llegar á la provincia de Guzcatlan, en aquella sazón llovía mucho y venia un rio que se decia Lempa muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba, y era de tal gordor, que dél se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la habia visto, y con gran trabajo estuvimos cinco dias en pasar el rio, y aun hubo mucha falta de maíz; é pasado el rio, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los chapanastiques, que era así su nombre, adonde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decia Nicuesa, é hirieron otros tres de los nuestros que habian ido á buscar de comer, y venian ya desbaratados, y les fuimos á socorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo; y esto es en la provincia donde agora está poblada la villa de San Miguel; y desde allí entramos en la provincia de Guzcatlan, que estaba de guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veniamos á unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenian los guatemaltecos unas sierras cortadas y unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar y pasar tres dias: allí me hirieron de un flechazo, mas no fué nada la herida, y luego venimos á Petapa, y otro dia dimos en este valle que llamamos del Tuerto, donde agora está poblada esta ciudad de Guatemala, que entonces todo estaba de guerra sobre pasallos con los naturales; y acuérdomeme que cuando veniamos por un repecho abajo comenzó á temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron

en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala la vieja, donde solian estar los caciques que se decian Cinacan y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escuadrones de los guatemaltecos para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos á dormir á la ciudad, y estaban los aposentados y las casas con tan buenos edificios y ricos, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas; y desde allí nos salimos á lo llano y hicimos ranchos y chozas, y estuvimos en ellos diez dias, porque el Pedro de Albarado envió dos veces á llamar de paz á los de Guatemala y á otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los dias que he dicho, y de que no quisieron venir ningunos dellos, fuimos por nuestras jornadas largas, sin parar hasta donde Pedro de Albarado habia dejado su ejército, porque estaba todo de guerra, y estaba en él por capitán un hermano que se decia Gonzalo de Albarado. Llamábase aquella poblacion donde los hallamos Olinztepeque, y estuvimos descansando ciertos dias, y luego fuimos á Soconusco, y dende allí á Teguantepeque, y entonces fallecieron en el camino dos vecinos españoles de Méjico que venian de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un cacique mejicano que se decia Juan Velazquez, capitán que fué de Guatemuz; y por la posta fuimos á Guaxaca, porque entonces alcanzamos á saber la muerte de Luis Ponce y otras cosas por mí ya dichas, y decian muchos bienes de su persona y que venia para cumplir lo que su majestad le mandaba, y no viamos la hora de haber llegado á Méjico. Pues como veniamos sobre ochenta soldados, y entre ellos Pedro de Albarado, y llegamos á un pueblo que se dice Chalco, dende allí enviamos á hacer saber á Cortés cómo habiamos de entrar en Méjico otro dia, que nos tuviesen aparejadas posadas, porque veniamos destrozados; que habia mas de dos años y tres meses que salimos de aquella ciudad. Y de que se supo en Méjico que llegábamos á Iztapalapa á las calzadas, salió Cortés con muchos caballeros y el cabildo á nos recibir; y antes de ir á parte ninguna, así como veniamos fuimos á la iglesia mayor á dar gracias á nuestro Señor Jesucristo, que nos volvió á aquella ciudad, y dende la iglesia Cortés nos llevó á sus palacios, adonde nos tenia aparejada una muy soleada comida é muy bien servida; é ya tenia aderezada la posada de Pedro de Albarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazón estaba nombrado por alcaide della y de las atarazanas; y al capitán Luis Marin llevó Sandoval á posar á sus casas, é á mí é á otro amigo mio, que se decia el capitán Luis Sanchez, nos llevó Andrés de Tapia á las suyas y nos hizo mucha honra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar é oro é cacao para gastar; y así hizo Cortés é otros vecinos de aquella ciudad á soldados amigos conocidos de los que veniamos allí. Y otro dia, después de nos encomendar á Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el capitán Luis Sanchez, y llevamos por intercesores al capitán Sandoval é Andrés de Tapia, y fuimos á ver y hablar al licenciado Márco de Aguilar, que, como he dicho, estaba por gobernador por el poder que para

ello le dejó el licenciado Luis Ponce; y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el capitán Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relación á Márco de Aguilar de nuestras personas y servicios para suplicalle que nos diese indios en Méjico, porque los indios de Guacacualco no eran de provecho; y después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dió el Márco de Aguilar, con prometimientos, dijo que no tenia poder para dar ni quitar indios, porque así lo dejó en el testamento Luis Ponce de Leon al tiempo que falleció, que todas las cosas de pleitos y vacaciones de indios de la Nueva-España se estuviesen en el estado que estaban hasta que su majestad enviara á mandar otra cosa, y que si le enviaban poder para dar indios, que nos daria de lo mejor que hubiese en la tierra; y luego nos despedimos dél. En este tiempo vino de la isla de Cuba Diego de Ordás, y como fué el que hubo escrito las cartas que envió el factor diciendo que todos éramos muertos cuantos habiamos salido de Méjico con Cortés, Sandoval é otros caballeros con palabras muy desabridas le dijeron que por qué habia escrito lo que no sabia, no teniendo noticia dello, y que fueron aquellas cartas tan malas, que se hubiera de perder la Nueva-España por ellas. Y el Diego de Ordás respondió con grandes juramentos que nunca tal escribió, sino solamente que tuvo nueva, de un pueblo que se dice Xicalango, que habian venido los pilotos y capitanes y marineros de dos navios, y se habian muerto los del un bando con el otro, y que los indios acabaron de matar á ciertos marineros que quedaban en los navios; y que pareciesen las mismas cartas, y verian si era así; que si el factor las glosó é hizo otras, que no tenia culpa. Pues para saber Cortés la verdad, el factor y veedor estaban presos en las jaulas y no se atrevia á hacer justicia dellos, segun lo dejó mandado Luis Ponce de Leon; y como Cortés tenia otros muchos debates, acordó de callar en lo del factor hasta que viniese mandado de su majestad, y temió no le viniesen mas males sobre ello; y porque entonces puso demanda que le volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron y tomaron para decir misas y honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas honras con malicia, no siendo muerto, y por dar crédito á toda la ciudad que éramos muertos, é no por su alma; que pues vian que hacian bienes y honras por Cortés y por nosotros, creyesen que era verdad que éramos muertos. Y andando en estos pleitos, un vecino de Méjico, que se decia Juan de Cáceres el Rico, compró los bienes y misas que habian hecho por el alma de Cortés, que fuesen por la de Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas, y diré cómo el Diego de Ordás, como era hombre de buenos consejos, viendo que á Cortés ya no le tenian acato ni se daban nada por él después que vino Luis Ponce de Leon, y le habian quitado la gobernacion, y que muchas personas se le desvergonzaban y no le tenian en nada, le aconsejó que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino don Hernando Cortés. Tambien le dijo el Ordás que mirase que el factor fué criado del comendador mayor don Francisco de los Cóbos, que es el que manda á toda Castilla y que algun dia le habria menester

al don Francisco de los Cóbos, y que el mismo Cortés no estaba bien acreditado con su majestad ni con los de su real consejo de Indias; y que no curase de matar al factor hasta que por justicia fuese sentenciado, porque habia grandes sospechas en Méjico que le queria despachar y matar en la misma jaula. Y pues viene agora á coyuntura, quiero decir, antes que mas pase adelante en esta mi relacion, por qué tan secretamente en todo lo que escribo, cuando viene á pláticas de decir de Cortés no le he nombrado ni nombre don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés á boca llena. La causa dello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés; y en aquel tiempo aun no era marqués; porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solian tener á Julio César ó á Pompeyo, y en nuestros tiempos teniamos á Gonzalo Hernandez, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Anibal, ó de aquel valiente nunca vencido caballero Diego Garcia de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré cómo el tesorero Alonso de Estrada en aquella sazón casó dos hijas, la una con Jorge de Albarado, hermano de don Pedro de Albarado, y la otra con un caballero que se decia don Luis de Guzman, hijo de don Juan de Saavedra, conde del Castellar; y entonces se concertó que Pedro de Albarado fuese á Castilla á suplicar á su majestad le hiciese merced de la gobernacion de Guatemala; y entre tanto que iba envió á Jorge de Albarado por su capitán á la pacificacion della; y cuando el Jorge de Albarado vino trujo consigo de camino sobre duientos indios de Tlascalala y de Cholula y mejicanos, y de Guacachula y de otras provincias que les ayudaron en las guerras. Tambien en aquella sazón envió el Márco de Aguilar á poblar la provincia de Chiapa, y fué un caballero que se decia don Juan Enriquez de Guzman, deudo muy cercano del duque de Medina-Sidonia; y tambien envió á poblar la provincia de Tabasco, que es el rio que llama de Grijalva, y fué por capitán un hidalgo que se decia Baltasar Osorio, natural de Sevilla; y ansimismo envió á pacificar los pueblos de los zapotecas, que están en unas muy altas sierras, y fué por capitán un Alonso de Herrera, natural de Jerez, y este capitán fué de los soldados de Cortés; y por no contar al presente lo que cada uno destes capitanes hizo en sus conquistas, lo dejaré de decir hasta que venga á tiempo y sazón; é quiero hacer relacion de cómo en este tiempo falleció el Márco de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo para que gobernase el tesorero.

CAPITULO CXCIV.

Cómo Márco de Aguilar falleció, y dejó en el testamento que gobernase el tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del factor ni veedor ni dar ni quitar indios hasta que su majestad mandase lo que mas en ello fuese servido, segun y de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de Leon.

Teniendo en sí la gobernacion Márco de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy ético y doliente y malo de bubas; los médicos le mandaron que mamase á una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquella dolencia y calenturas